



## Un MAL y un REMEDIO

Por PEPE CHACARILLA

Los cronistas deportivos han hecho últimamente, tanto o más que los jugadores y los dirigentes del fútbol, el gran ridículo. Y no porque se haya perdido un partido internacional, sino porque también son ellos, a la postre, los culpables de la crisis en que el deporte se encuentra sumido. Esos desgarramientos de las vestiduras, esos crespones negros bordeando las planas, esas frases sentimentaloides o demagógicas, son cretinas. No hay otra palabra para designarlas. Un periodista del ramo del deporte no puede ser únicamente el señor que narra los incidentes que ocurren en el estadio, reporta a los campeones, cuenta chismes acerca de la vida privada de equipistas y entrenadores, etc., sino que debe saber que en el terreno de su especialidad, por el auge popular de determinado espectáculo—lo que significan muchos, muchísimos soles—intervienen intereses económicos y que, por ende, el hombre que se ha convertido en estrella es víctima, en consecuencia, de una vil explotación por parte de esas disimuladas sociedades anónimas que son los "clubs". La verdad es que tales cronistas se hacen los tontos (lo cual invalida sus patéticos gestos patrioterros a la hora de la derrota) o son auténticamente tontos (lo cual, por cierto, quita toda importancia a sus palabras, sus consejos y sus protestas). La limpieza del país no excluye la limpieza de las organizaciones deportivas y de las redacciones en donde se degusta la mermelada copiosamente puesta en la tostada del elogio y el silencio comprometidos.

Toda esa maraña de las declamaciones periodísticas—desenfrenadas loas, unas veces; exorbitantes diatribas, otras—oculta conciencias que no son trigo limpio. Hablando sin eufemismos, el caso del deporte es exactamente al de la política. En ésta, editoriales y artículos (léase "La Prensa" apropiada de nuestros días, si se tiene estómago para semejante prueba) doran la píldora de la miseria popular, el peculado de camarillas voraces, los problemas que agitan el descontento nacional, el manejo del país por agentes del imperialismo, etc., refiriéndose a una prosperidad que nadie ve y sólo unos cuantos gozan. Cuando el desastre, los mismos que tecleaban alabanzas al régimen se echarán cenizas en la cabeza y dirán que son precisas reformas y cambios. Les veremos las caras a esos fariseos y tráfugas, miraremos cómo corren las lágrimas por sus ojos, y hasta nos parecerán sinceros. Tal cual sucede con los cronistas deportivos que hoy claman por una transformación de la estructura que ellos mismos sostuvieron con su opinión.

Para un hombre de izquierda, no hay problema del deporte aquí, y allá problemas de la vivienda, del trabajo, de la alimentación, de la oligarquía, del desgobierno nacional. De ahí que piense que nada se adelanta cubriendo con desinfectante el grano de un lado cuando no tardará en aparecer la purulencia en otro. En estos días reventó el del fútbol (al que le aplicarán el sedante del "t'echo tierra") como se destapó hace poco el del inmoral enjuague del ciclismo y se conocen desde hace tiempo las trapizondas de cierto empresario de box que engaña al público con la regular importación de "paquetes". Más tarde saldrá la infección en la universidad, en el problema agrario, en la esfera de las finanzas, etc. El mal es uno: corrupción. El remedio uno también: revolución. ¡Quitense, pues, el luto los que comparten la responsabilidad!

Hasta hace pocos días, antes de los descabros que sufriera el equipo peruano—en Bogotá primero y en Lima después—todo era optimismo y batir de palmas. Se barajaba posibilidades y muchos elogios se escribieron pensando más que en el triunfo de nuestro representante en el viajecito periodístico de costumbre. Hay algo de haberse quedado con los crespos hechos, de haber perdido sogas y cabra, en este lloriqueo, cursi por cierto, con que la prensa especializada (¿en qué?) ha pronunciado anatema contra los dirigentes del fútbol local. Es verdad que esos dirigentes, aparte de ineptos y mercaderes del deporte, son los directamente responsables de la catástrofe y debían no sólo haber renunciado a los cargos que tan impudicamente siguen ocupando, sino ser destituidos por alguna autoridad superior deportiva que, de una vez por todas, proceda a una remoción general de los elementos indeseables. Pero esto no libera de culpa a los hoy tan sensibles cronistas, Magdalenas de papel y tinta, que ayer nomás servían a la maffia político-comercial que ha hecho del deporte un modus vivendi.